

EL AUTO *LA CONQUISTA DE JERUSALÉN*: HERNÁN CORTÉS Y LA TRANSGRESIÓN DE LA FIGURA *

CARMEN CORONA †

Universidad Nacional Autónoma de México

“Tú eres sin duda el mayor soberano del mundo. Tan sólo te falta una cosa: el bautismo. Acepta un poco de agua y te convertirás en el señor de todos estos pusilánimes que llevan coronas consagradas y se sientan en tronos bendecidos. Sé mi nuevo Constantino: yo seré para ti el nuevo Silvestre. Conviértete al cristianismo y juntos fundaremos desde Roma, mi ciudad, y desde Constantinopla, ahora tuya, un nuevo orden universal”.¹ Así escribía, hacia 1461, Pío II a Mohamed II. Decepcionado ante la renuncia encontrada en Mantua por parte de los monarcas europeos, el papa de Roma intentaba comprometer al sultán de Constantinopla en una nueva cruzada para liberar Jerusalén. La conducta que siguen los poderes establecidos —iglesia/estado— para mantenerse en el poder o alcanzar, como en este caso, una hegemonía continental, no es nunca transparente ni lineal como para poder percibirse en un simple golpe de vista. Poco menos de ochenta años después, el ambicioso proyecto político de Pío II lo hacen curiosamente realidad dramática los indios de Tlaxcala con la puesta en escena de *La Conquista de Jerusalén* “primer auto sacramental novohispano”.²

Tanto la pieza dramática escrita, como la constancia que nos ha quedado de su representación, han sugerido una serie de preguntas y sospechas que parecen apuntar al conflicto de los dos proyectos que Occidente había concebido para la Nueva España: el proyecto religioso, cristiano, de las órdenes religiosas, particularmente de los franciscanos, y el proyecto político de la corona. Pero

* La presente versión incluye algunas modificaciones de carácter formal realizadas por Arturo Pérez Pisonero, en virtud del lamentable deceso de nuestra querida colega y amiga Carmen Corona, en el verano de 1994.

¹ *Apud* Franco Cardini, *Europa 1492. Retrato de un continente hace quinientos años* (trad. Margarita María José López Chollet). Anaya Editoriale/Fenice 2000, Milán, 1989, p. 14.

² Othón Arróniz, *Teatro de evangelización en Nueva España*. UNAM, México, 1979, p. 84.

al igual que en el proyecto de cruzada de Pío II, lo político y lo religioso aparecen aquí íntimamente imbricados, siendo casi imposible deslindar de una manera clara los límites que separan ambos intereses.

La Conquista de Jerusalén, registrada en un texto epistolar por Motolinía en su *Historia de los indios de la Nueva España*, es un auto de masas. Sea o no proveniente de su pluma, la carta que el fraile franciscano inserta en su crónica³ describe las fiestas “que se hicieron en *Tlaxcala* por las paces hechas entre el Emperador y el rey de Francia”.⁴ Las nuevas de esta paz o tregua de Niza, del 18 de junio de 1538, “vinieron a esta tierra antes de cuaresma pocos días, y los tlaxcaltecas quisieron primero ver lo que los españoles y los mexicanos hacían, y visto que hicieron y representaron *La Conquista de Rodas*, ellos determinaron de representar *La Conquista de Jerusalén*, el cual pronóstico cumpla Dios en nuestros días”.⁵ Siendo ancestral la rivalidad entre ambos pueblos, los tlaxcaltecas estaban decididos a superar la puesta en escena de los mexicanos, reseñada por Bernal Díaz del Castillo y Bartolomé de Las Casas. Los indios de Tlaxcala están dispuestos, una vez más, a demostrar que son superiores y a triunfar ante el reto azteca, por lo que no escatiman esfuerzos ni gastos para lograrlo. Bernal Díaz del Castillo anota sobre *La Conquista de Rodas* que “...el inventor de hacer aquellas cosas fue un caballero romano que se decía Luis de León, persona que decían que era de linaje de los patricios, natural de Roma”.⁶ En el caso de la representación de *La Conquista de Jerusalén*, estamos, por el contrario, frente a un producto híbrido, ya que se trata de un concepto europeo, con adaptación y recursos de montaje regional indígena, y dirección franciscana.

La Conquista de Jerusalén, que se escenificó en Tlaxcala para la fiesta de Corpus Christi, el 12 de junio de 1539, tiene claros antecedentes peninsulares que aparecen en el *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español* de Alberto de la Barrera y Leirado.⁷ Vasco Díaz Tanco de Fregenal escribe cuatro autos sobre el mismo asunto: *La destrucción de Jerusalén por*

³ Baudot se pronuncia por Motolinía. Fray Toribio de Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España* (ed. Georges Baudot). Castalia, Madrid, 1985, n. 135, p. 202; Arróniz por fray Antonio de Ciudad Rodrigo, *op. cit.*, p. 63; O’Gorman por un fraile anónimo. Fray Toribio Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España* (ed. Edmundo O’Gorman). Porrúa, México, 4ª ed., 1984, n. 13, p. 64.

⁴ Motolinía, *Historia...* (ed. Edmundo O’Gorman), p. 67.

⁵ *Idem.*

⁶ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (ed. Joaquín Rodríguez Cabañas). Porrúa, México, 11ª ed., 1976, pp. 544-545.

⁷ Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*. Gredos, Madrid, 1969, p. 127.

Nabucodonosor, La captura de Jerusalén por Vespaciano y Tito, La empresa de Jerusalén por Constantino el Magno, La entrada de Jerusalén por Godofredo de Bullon.

De los cuatro autos, el cuarto, basado en la hazaña histórica de Godofredo en 1099, y relatada en *La gran conquista de ultramar*, Libro III, es el que proporciona la materia para el auto novohispano; misma que los franciscanos toman como punto de partida para establecer en su escenificación un paralelo entre la conquista de la Ciudad Santa y la conquista de la Nueva España. Los textos epistolares que se conservan en la *Historia* de Motolinía, así como la descripción del desarrollo del auto, son los que nos sirven para explicar la singularidad de esta creación escénica. Según Arróniz,⁸ la obra puede resumirse en los siguientes episodios:

- a) Los españoles ponen cerco a Jerusalén, ocupada por los turcos.
- b) En el cerco interviene el ejército de Nueva España.
- c) Primera escaramuza en que vencen españoles y mexicanos.
- d) Los sitiados de Jerusalén piden ayuda a sus aliados (Galilea, Damasco, Judea, Samaria y Siria). Fortalecidos vencen a sus adversarios en una segunda escaramuza.
- e) El jefe de las tropas españolas (don Antonio Pimentel) envía una comunicación al emperador Carlos V, quien responde dando aliento a los soldados.
- f) Tercera escaramuza: los moros derrotan “a los de las Islas” (Caribes), quienes avergüenzan con su fracaso al ejército de Nueva España. El virrey lo comunica al emperador explicándole que de los isleños, “como no eran diestros en las armas, ni traían armas defensivas, ni sabían el apellido de llamar a Dios, no quedó hombre que no cayese en manos de los enemigos”.
- g) El emperador acude en su ayuda acompañado de los reyes de Francia y de Hungría. Cuarta escaramuza entre moros y españoles, saliendo vencidos estos últimos.
- h) Carta de Carlos V al papa pidiendo ayuda, y contestación del pontífice moviendo en su apoyo a obispos y cardenales.
- i) Los españoles piden ayuda al Santísimo Sacramento; aparece un ángel que les anuncia la llegada del cielo del apóstol Santiago. Éste aparece montado en un caballo blanco atemorizando a los moros.
- j) Los soldados de la Nueva España entran en la pelea, pero los moros los obligan a regresar a su cuartel. Ante el fracaso, piden ayuda al cielo.
- k) Aparece un ángel que promete a los indios la llegada de San Hipólito, patrón de la Nueva España.

⁸ Arróniz, *op. cit.*, pp. 72-75.

l) Llega San Hipólito montado en un caballo. Él, a la cabeza de los indios; Santiago a la de los españoles, y el emperador con sus tropas, atacan conjuntamente a Jerusalén.

m) Aparece el arcángel San Miguel en medio de la pelea; habla a los moros y, a pesar de la infidelidad de éstos, les anuncia la misericordia divina si hacen penitencia.

n) El sultán pide, por carta, la paz al emperador, muestra arrepentimiento y declara que él y su gente quieren bautizarse.

ñ) El emperador se acerca a las puertas de Jerusalén y recibe el homenaje del sultán, a quien lleva ante el Santísimo Sacramento. En la comitiva acompañan “muchos turcos o indios adultos que de industria tenían que bautizar”. En este momento, el actor que fungía como papa delega su función en un verdadero sacerdote, que procede a bautizar por aspersion a aquellos indios adultos.

Por el desarrollo del argumento puede verse que no se trata de algo fuera de lo común en el teatro misionero. Los propósitos evangelizadores de la pieza son obvios al crear una analogía entre la conquista de los infieles árabes y la conquista de los idólatras novohispanos para la religión cristiana. El triunfo de los cristianos sobre los paganos es uno de tantos recursos didácticos que usan los padres seráficos para su difusión doctrinaria. Lo que ya no es tan comprensible y ha sorprendido a los especialistas, es la identidad histórica con que se identifican los personajes de ficción, más en concreto, los papeles asignados a las figuras protagónicas, identidad que pudiera haber sido considerada en el momento como una transgresión subversiva. Por otra parte, resulta abiertamente desafiante la actitud un tanto pródiga en la administración del sacramento del bautismo, ya que se habían establecido serias limitaciones para otorgarlo masivamente.

El movimiento escénico empieza con el desfile de los personajes que habrían de presenciar el auto: “Allegado el Santísimo Sacramento a la dicha plaza, con el cual iban el papa, cardenales y obispos contrahechos, asentáronle en su cadalso, que para esto estaba aparejado y muy adornado cerca de Jerusalén, para que adelante del Santísimo Sacramento pasasen todas las fiestas” (pp. 67-68). Acto seguido, desfilan los tres ejércitos cristianos: el de España que lleva por capitán general a don Antonio Pimentel, conde de Benavente; el de la Nueva España, a cuyo frente está el virrey don Antonio de Mendoza; y el ejército del emperador Carlos V. Su ubicación escénica es dada en una acotación donde se especifica: “...a la parte diestra de Jerusalén [se sienta el primero y] al opósito estaba aparejado para las provincias de la Nueva España. [Además,] en el medio de la plaza estaba Santa Fe, a donde se había de apo-

sentar el emperador con su ejército...” (p. 67).

En la construcción de la escenografía, llevada a cabo por los tlaxcaltecas para figurar Jerusalén, se nota la determinación de éstos por superar la puesta en escena mexicana.

En *Tlaxcala*, en la ciudad que de nuevo han comenzado a edificar, abajo en lo llano, dejaron en el medio una muy grande muy gentil plaza, en la cual tenían hecha a Jerusalén encima de unas casas que hacen para el Cabildo, sobre del sitio que ya los edificios iban a la altura de un estado; igualáronlo todo e hinchieronlo de tierra, y hicieron cinco torres; la una de homenaje en medio, mayor que las otras, y las cuatro a los cuatro cantos; estaban cercadas de una cerca muy almenada, y las torres también muy almenadas y galanas de muchas ventanas y galanes arcos, todo lleno de rosas y flores (*idem*).

De los cuatro ejércitos el único que no desfila es el de los moros, que defiende Jerusalén comandado por el Soldán, papel asignado a Hernán Cortés, y por su capitán general, Pedro de Alvarado. Los enfrentamientos entre los ejércitos se hacen con grandes dosis de realismo:

De dentro y de fuera andaba el combate muy recio, tirándose unas pelotas grandes hechas de espadañas y alcancias de barro secas al sol llenas de almagre mojado, que al que acertaban parecía que quedaba mal herido y lleno de sangre, y lo mismo hacían con unas tunas coloradas. Los flecheros tenían en las cabezas de las viras unas bolsillas llenas de almagre, que doquiera que daban parecía que sacaban sangre; tirábanse también cañas gruesas de maíz (pp. 71-72).

La representación de la obra ofrece una serie de signos aparentemente contradictorios. Contradicciones que, aunque como se indica en la carta de la *Historia* de Motolinía, obedecen al carácter indígena de la producción, nos remiten, no obstante, a los dos proyectos novohispanos: el religioso franciscano y el político estatal. Mientras que en el ejército cristiano, los soldados españoles, alemanes, romanos e italianos muestran “entre todos pocas diferencias de trajes, porque como los indios no los han visto ni lo saben, no lo usan hacer, y por esto entraron todos como españoles soldados...” (p. 68), los de la Nueva España, “sacaron sobre sí lo mejor que todos tenían de plumajes ricos, divisas y rodela, porque todos cuantos en este auto entraron, todos eran señores y principales, que entre ellos se nombran *tecutilis* y *piles*. Iba en la vanguardia *Tlaxcala* [y] México: éstos iban muy lucidos y fueron muy mirados; llevaban el estandarte de las armas reales y el de su capitán general, que era don Antonio de Mendoza, visorrey de la Nueva España” (*idem*). Por lo que al ejército de los moros atañe, “...era gente bien lucida y diferenciada de toda la otra, que traían unos

bonetes como los usan los moros..." (*idem*).

Si no es fácil imaginar al virrey español al frente de los *tlatoani*, más difícil es explicar la imagen de los conquistadores como infieles. García Icazbalceta apunta: "...ignoro por qué razón los frailes, autores de todas estas fiestas, ofendían á los conquistadores poniéndolos en el bando de los infieles".⁹ Lo mismo señala Manuel R. Pazos: "La designación de estos personajes podrá tomarse como un anacronismo, y ante un auditorio culto sería censurable..."¹⁰ Alfonso Reyes considera singular que "...en la fingida toma y conversión de Jerusalén, se haya consentido a los tlaxcaltecas disfrazar de conde de Benavente y de virrey mientras que los derrotados infieles llevaban a la cabeza un Soldán y un capitán moro, en traza respectivamente de Hernán Cortés y Pedro de Alvarado, que para colmo vivían aún, aunque ausentes de México".¹¹

Es muy posible que los franciscanos, apoyados por los tlaxcaltecas, quisieran proyectar por medio de la iconografía escénica una multiplicidad de afirmaciones que no eran realizables en un lenguaje directo. Su admiración y afecto por Hernán Cortés, que les brindó su protección para cumplir con sus cometidos evangelizadores, se hace manifiesta en el hecho de asignarle el único papel que está en posición de equivalencia al del emperador cristiano. El símil entre las dos imágenes de poder evidenciaría el secreto deseo de los misioneros de que Cortés fuera la suprema autoridad en la Nueva España. La admiración que el conquistador goza entre los franciscanos es patente en las cartas y memoriales de defensa que éstos dirigen a las autoridades cuando el conquistador cae en desgracia. Mendieta es uno de ellos, pero más cercana a la fecha de la representación está la carta de Motolinía a Carlos V, donde dice:

...tenía fe y obras de buen cristiano y muy gran deseo de emplear la vida y hacienda por ampliar y aumentar la fe de Jesucristo y morir por la conversión de estos gentiles. Y en esto hablaba con mucho espíritu, como aquel a quien Dios había dado este don y deseo y le había puesto por singular capitán de esta tierra de Occidente. [...] Por este capitán nos abrió Dios la puerta para predicar su Santo Evangelio, y éste puso a los indios que tuviesen reverencia a los santos sacramentos y a los ministros de la Iglesia en acatamiento.¹²

Cortés es, históricamente —en el ámbito novohispano— el comandante

⁹ Joaquín García Icazbalceta, *Colección de Documentos para la Historia de México*. Porrúa, México, 2ª ed. facsimilar, 1980, t. I, n. 21, p. 89 (2 tomos).

¹⁰ *Apud* Arróniz, *op. cit.*, p. 70.

¹¹ Alfonso Reyes, *Teatro misionario*, en *Obras completas*. FCE, México, 1960, vol. XII, p. 325 (26 vols.).

¹² Motolinía, *op. cit.*, pp. 219-221.

de los infieles. Con ellos sitió y venció a Tenochtitlán. Sin el apoyo de los tlaxcaltecas otra habría sido la historia de la Nueva España. Esto lo saben los naturales, y también los frailes. ¿Quién si no Cortés —conquistador y asimilado por el conquistado— habría puesto a los pies de la corona de España todo un imperio? En el auto, Cortés, en el papel de Soldán, envía una carta al emperador donde confiesa: "...yo conozco que todo el mundo debe obedecer a Dios y a ti que eres su capitán en la tierra. Por tanto en tus manos ponemos nuestras vidas, y te rogamos que te quieras allegar cerca de esta ciudad, para que nos des tu real palabra y nos concedas las vidas, recibiéndonos con tu continua clemencia por tus naturales vasallos" (p. 72). A su llegada a tierras tlaxcaltecas, Xicoténcatl, tras intentar resistir el avance de Cortés, hubo de hacer las paces. "Y dijo el Xicotenga que él venía de parte de su padre y de Maseescaci y de todos los caciques y república de Tlaxcala a rogarle que les admitiese a nuestra amistad, y que venía a dar la obediencia a nuestro rey y señor, y a demandar perdón por haber tomado armas y habernos dado guerras..."¹³ En estas palabras históricas de paz, que hacen a su vez referencia a las paces europeas entre Francia y España, podría verse una premonición de las palabras del Soldán de Babilonia y *tlatoani* de Jerusalén, que es como firma su misiva.

Las continuas dificultades que Cortés tuvo con el cabildo capitalino, la misteriosa muerte de su esposa doña Catalina, y el juicio de residencia a partir de la malhadada expedición a las Hibueras, terminaron por demeritar su gran hazaña y marginarlo del favor de la corona. Pero aun así, declara en su última *Carta de relación*:

...yo, aunque vuestra majestad más me mande desfavorecer, no tengo de dejar de servir, que no es posible que por tiempo vuestra majestad no conozca mis servicios, y ya que esto no sea, yo me satisfago con hacer lo que debo, y con saber que a todo el mundo tengo satisfecho y le son notorios mis servicios y lealtad con que los hago; y no quiero otro mayorazgo para mis hijos sino éste.¹⁴

Los franciscanos sabían bien que si exaltaban la figura de Cortés y éste retomaba la posición de preeminencia que tuvo durante los primeros años de la conquista, los situaría dentro del círculo del poder facilitándoles de esta manera el cumplimiento de su cometido evangélico. Es por ello que engrandecen su imagen elevándola a los niveles máximos de autoridad; lo convierten

¹³ Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 125.

¹⁴ Hernán Cortés, *Cartas de relación* (ed. Manuel Alcalá). Porrúa, México, 14ª ed., 1985, p. 283.

en transgresor para después rendirlo en vasallaje, inclinarlo ante la fe y arrodillarlo en el bautismo. Pero ya la audacia del conquistador había sido considerada desmesurada por la corona y desde Madrid habían dictado su sentencia. La burocracia administrativa había comenzado a desplazar gradualmente al conquistador.

Al igual que Cortés, la posición de los franciscanos se veía también debilitada por la injerencia de la burocracia eclesiástica que cuestionaba cada vez más severamente su forma de impartir los sacramentos, concretamente el bautismo "por aspersion". A pesar de la bula de Paulo III, de 1537, en donde se advertía que en adelante no podrían bautizar los misioneros seráficos sin el ritual completo, salvo en casos de urgencia, el auto de *La Conquista de Jerusalén* concluye con un bautismo masivo: "Traía también muchos turcos o indios adultos, de industria, que tenían para bautizar y allí públicamente demandaron el bautismo a el Papa, y luego Su Santidad mandó a un sacerdote que los bautizase, los cuales actualmente fueron bautizados" (p. 72).

Al reto que los franciscanos lanzan, por medio del auto, a la administración eclesiástica, haciendo caso omiso de las leyes de la iglesia, hay que añadir las hostilidades que enfrentan, por parte de los encomenderos, por defender a los indígenas; defensa que limita el tiempo de explotación laboral a que éstos son sometidos en las encomiendas. Un año más tarde de la representación de *La Jerusalén Conquistada*, en 1540, fray Juan de Zumárraga ordenaba que en lo sucesivo los franciscanos se abstuvieran de interferir en asuntos que sólo atañían a las autoridades civiles. Pero hasta entrado 1539, los frailes aún se resisten a ceder a las presiones políticas y eclesiásticas. Si ajustamos nuestra visión a esta óptica totalizadora, podremos percibir el propósito que anima a los franciscanos a poner en escena pública el auto. Al mismo tiempo que se aclara todo aquello que en un principio parecía absurdo y contradictorio en la caracterización de los personajes protagónicos.

Los misioneros se valen del recurso preferido del auto, es decir, la alegoría, para expresar significados no sólo en los niveles psíquicos, espirituales y políticos. Wardropper apunta: "...la alegoría es la descripción extensa de un tema bajo el disfraz de otro sugestivamente parecido".¹⁵ Teológicamente, el bautismo es la señal externa —a través del agua— de la vida espiritual que se concede a los neófitos. Esta gracia se refleja a nivel psíquico en el bienestar que otorga el hecho de pertenecer a la comunidad cristiana, y con éste, la seguridad de sentirse integrado. La fiesta de Corpus, la celebración de la Eucaristía, sacramento del amor divino y puerta abierta a la salvación, es el

¹⁵ Bruce W. Wardropper, *Introducción al teatro religioso del Siglo de Oro. Evolución del auto sacramental antes de Calderón*. Anaya, Salamanca, 2ª ed., 1967, p. 100.

mejor marco para que los frailes reafirmen su propósito evangélico y lo intenten “salvar” a través de formas y figuras que se relacionan con su circunstancia novohispana.

Solamente leyendo entre líneas y teniendo en cuenta la imbricación de todos estos elementos religiosos y políticos, podemos interpretar no sólo los diferentes niveles de comunicación, sino la complejidad de los signos que los franciscanos emplearon para objetivar la realidad de los naturales en un discurso aparentemente lineal, sencillo y transparente.